



I y II CONCURSO
de RELATO
HISTÓRICO
HISILIBRIS



Ediciones Evohé
"VERBA VOLANT, SCRIPTA MANENT"

Evoók
Histórico-mitológica

HISLIBRIS

I y II Concurso de Relato Histórico



Índice de contenido

[Portada](#)

[Título](#)

[Prólogo](#)

[El fenicio de Eutresis](#)

[La prisionera de Lichterfelde](#)

[El mal de Fortún Sánchez](#)

[Dos grandes hombres](#)

[El último mártir](#)

[Quien a hierro mata a hierro muere](#)

[Sobre el triste y verdadero final del romance de María y Rodolfo](#)

[Cautivos del turco](#)

[La historia secreta](#)

[Una suerte de ideales](#)

[La última noche de Atenea Virgen](#)

[Els fills de puta de Benimaclet](#)

[Crónica de una invasión](#)

[Ex uno lapide](#)

[Retorno al horror](#)

[La partida](#)

[Venecia oscura](#)

[Historia paralela](#)

[Las últimas voluntades de la camarada Soledad](#)

[Resultado concurso](#)

[Datos técnicos](#)

PROLOGO

Hoy en día parece que la narrativa histórica, tras un tiempo de plena actualidad y masificación, ha perdido fuerza. Los escaparates de las librerías ya no están plagados del género, ya no tienen el protagonismo de antaño en los montones de las cabeceras de novedades. Tiempo es de otro tipo de tendencia a la hora de consumir entretenimiento escrito. Sin embargo, esto no hace sino que se comience a separar el grano de la espiga y la paja.

Este libro es un tributo a todo amante al género histórico, pero muy especialmente a aquellos que han tenido a bien denominarse *hislibreños*, una serie de personas que decidieron un buen día llegar a un lugar llamado Hislibris para quedarse. Allí se reúnen día tras día como si fuese el sitio un café para charlar y debatir, para compartir y cultivar y siempre observar una máxima: que Historia se escribe con «h», al igual que Humor.

Hislibris es, en un principio, un portal de Internet en el cual se publican reseñas y opiniones de libros cuyo género tenga algo de histórico. Lo mínimo vale allí, cualquier oportunidad es buena para hablar de literatura y del mundo y de sus hechos pasados, sin la aspiración de arreglarlo pero con la intención de comprenderlo y disfrutarlo. Con el tiempo se ha convertido en una referencia para muchos lectores, autores y editores, y muchos de ellos han pasado a formar parte de la comunidad. Una comunidad abierta a los nuevos participantes, una comunidad que no solo la forman los que con sus opiniones enriquecen el lugar, sino también

los miles de personas que leen calladamente las aportaciones de los demás. Todo aquel que esté tentado por la historia o la literatura, que sienta debilidad por los libros o que tenga curiosidad es siempre bienvenido.

En este entorno se creó el primero de los certámenes de relatos históricos de Hislibris; más material para leer pero, esta vez, también se trataba de crear. Humilde en su concepción, la probatura fue satisfactoria y, sin apenas descanso, se comenzó a preparar la segunda edición, esta vez más ambiciosa. Todo un éxito, tanto de participación como de calidad del material a concurso. En este volumen presentamos los que a juicio del jurado son más destacados de entre todos los recibidos, unos relatos que, con la excusa del pasado, nos presentan aventuras, hechos curiosos o pasiones atemporales entre las veladuras de los años.

Son un total de diecinueve textos, seis que pertenecen a la primera convocatoria y trece a la segunda. Se abre el volumen con el ganador de la segunda edición, una trama de griegos llena de desparpajo, simpatía e inteligencia. Le sigue el triunfador de la primera, ambientado en la Alemania inmediatamente anterior a la II Guerra Mundial, una historia desgarradora en primera persona con una poderosa voz.

Si bien en los dos primeros trabajos se han respetado las posiciones de los concursos, los siguientes se presentan alternados, según un orden basado en la alternancia de estilos y épocas tratadas. Entendemos que esa es la mejor solución a la hora de presentar el volumen al lector. Así, tras la Alemania nazi, volvemos hacia atrás en el tiempo para encontrarnos una narración de intriga en la España renacentista. Después una ucronía naval ambientada en el Pacífico, en dos épocas distintas: las Filipinas del 98 y la II

Guerra Mundial. A continuación, la América latina postcolonial y revolucionaria es la protagonista. Le siguen un par de relatos de similar temática: el magnicidio, uno en las Guerras de religión de Francia, otro con Rodolfo de Habsburgo de protagonista. Y con ellos llegamos a otra pareja de textos con ambiente del Mediterráneo oriental, a Bizancio junto con Belisario y a los encontronazos con el turco a finales del S. XVII. Sentiremos después el aliento de la muerte en plena Guerra Civil española, o del fuego veneciano en la Atenas otomana, o de la sociedad valenciana del S. XVI. Conoceremos el trabajo de Miguel Ángel, el trabajo de un reportero en plena Guerra de Sucesión Española y viajaremos al horror más absoluto de nuevo, en la Varsovia del 44. Conoceremos de primera mano las razzias en terreno musulmán por parte cristiana y retornaremos al fuego que todo purifica en la Venecia más oscura. Y finalizaremos nuestro viaje en el tiempo en la Cuba del 98 y en la humanidad dentro de lo inhumano de los combates de las guerras civiles.

Como veréis, es una estupenda oportunidad para viajar en el tiempo con unos relatos que sorprenden por su entretenimiento, por su calidad o, sencillamente, por lo que puedan despertar en cada uno de los lectores. Confiamos en que el presente volumen se acoja como lo que es: una estupenda oportunidad para leer una mezcla de escritores ya curtidos con otros noveles y relatos que nos hablan de hechos pasados pero siempre presentes.

El Equipo de Hislibris.

EL FENICIO DE EUTRESIS.

Luis Villalón

Llegaron a la ciudad a media mañana. El camino les condujo sin rodeos hasta la plaza, donde la vida palpitaba; el lugar rezumaba animación y algarabía, provocadas por una barahúnda humana que asfixiaba todos sus rincones. Las mañanas que había conocido la plaza habían sido siempre así, abarrotadas de gentío y de voces, pero en los últimos tiempos ese aglomerado formado por hombres, mujeres y niños, por ciudadanos libres, menos libres y esclavos, por campesinos, vividores y curiosos, por ricos, necesitados y ladrones, se había hecho más denso y consistente. Nieto y abuelo retuvieron un poco el paso antes de zambullirse en la vorágine de sonidos, colores y olores que se exhibía ante ellos como un gigantesco animal de mil rostros y texturas. El hombre ofreció su mano al niño, que se aferró a ella como quien teme perderse entre las fauces de un monstruo. Así unidos, comenzaron a caminar por las arterias de aquel ser. La actividad bullía en ellas. Se exhibían telas de múltiples tramas y colores, vasijas de variadas formas, cereales, frutas, utensilios de hierro destinados a fines diversos, figuras decorativas talladas en madera... El miedo del niño se trocó poco a poco en maravilla ante aquel hechizante espectáculo que le absorbió y le devoró pese a estar sujeto a la áspera mano de su abuelo. Aquí y allá emergían de cuando en cuando, revoloteando por encima del monocorde

vocerío, de las conversaciones entre comerciantes y clientes, o entre conocidos que se encontraban o se despedían, palabras que reclamaban ayuda, que ofrecían alegría, que saludaban, amenazaban, engañaban, felicitaban, preguntaban... Mientras unos conseguían comida con trueques desproporcionados, otros regateaban por un puñado de trigo, o esperaban la distracción de algún comerciante para robarle, o empleaban sus energías caminando de aquí para allá, mirando a todas partes sin mirar a ninguna, como si la plaza fuera su hogar y estuvieran comprobando que todo estaba como debía estar. El hombre condujo a su nieto por varios vericuetos dentro de aquel irregular entramado y el niño se dejó llevar por su abuelo mientras admiraba absorto aquella fusión de gentes, aromas, formas, ecos y matices. Se detuvieron frente a un toldo que protegía del sol a un individuo que descansaba en una suerte de tumbona, quien recibió el saludo del hombre. Al poco soltó inconscientemente la mano de su nieto para gesticular mientras discutía con aquel individuo de tez y vestimenta rojizas, pero el niño apenas lo advirtió; hacía tiempo que su mirada se había clavado en la figura de un anciano que, vestido con largo manto y portando un báculo en una mano y un extraño objeto en la otra, caminaba por uno de los pasillos de la plaza. Su paso era lento pero decidido, y el niño percibió enseguida que su andar dejaba tras de sí una estela de murmullos y cabezas giradas. Alguien salió al paso del anciano y le habló; el niño pudo distinguir algunas palabras. La voz fue suave, el tono de ruego, el ademán de súplica. Que interrumpiera un instante su camino hacia palacio, que tuviera a bien cantarles algo, que se apiadara de aquellos pobres y mal instruidos seres que habitaban en aquellas tierras. Entonces el anciano se

detuvo y contempló al hombre, y luego alzó la mirada como buscando algo, y se dirigió pausadamente hacia un claro en un rincón de la plaza donde había una pequeña roca. En ella apoyó su bastón y en ella se sentó. Y comenzó a acariciar las cuerdas del objeto que llevaba, y de él nacieron unos sonidos armónicos y melódicos, incomparables a cuantos el niño hubiera escuchado en su corta vida. Y de la boca de aquel hombre, cabalgando en una cadencia embriagadora, brotaron las palabras más bellas que jamás hubieran llegado a sus oídos. Palabras que componían un canto, que tejían una historia, que alzaban en el aire un universo de dioses y héroes. «Canta, diosa, a la muy árida Argos, de donde los soberanos...», así empezaba el canto que relataba la tragedia de una ciudad maldita por los dioses, la bien fortificada Tebas, cuyo rey cometió homicidio contra su padre e incesto con su madre, y cuyo dolor le llevó a sacarse los ojos para que no pudieran ver ya más la maldad que había cometido, y que así reinó hasta que su vástago tomó su lugar, quien a su vez reinó hasta que su hermano levantó un ejército desde la lejana Argos para arrebatarle la corona... La historia caló en el ánimo del niño, que comenzó a llorar. Como también lloraban los hombres que escuchaban a aquel anciano, emocionados por la historia, turbados por la iniquidad del ser humano, temerosos del poder de las deidades, reconvenidos a corregir sus vidas. Y en la plaza no se oía ya otra cosa, no rompía el silencio otro sonido que la voz de aquel anciano mecida por la melodía cadenciosa que afloraba de las cuerdas del instrumento que tañía. El niño, que lloraba desconsoladamente, tardó en notar la mano que se posó suavemente sobre su hombro. Una mano áspera y llena de arrugas. Giró la cabeza y vio el

rostro de su abuelo que, desde lo alto, le sonreía cálidamente.

No dio un alarido porque los dioses no quisieron. Se había incorporado de la cama despacio para no hacer ruido y a oscuras para no despertar a su mujer, y a causa de tanta precaución no había visto la cercanía del taburete sobre el que la noche anterior había colocado el escudo y la espada. Esta le cayó sobre el pie derecho y aquel sobre el izquierdo. El mal despertar de su mujer, sobre la nariz.

—¡Desastre de hombre, por la divina Hera! —dijo mientras le lanzaba un puñetazo—. ¿Para eso tanto preparativo anoche? ¡Anda, coge ya tus trastos y vete cuanto antes, que aún despertarás al niño!

Meleso se palpó la dolorida nariz al tiempo que trataba de evaluar qué era más grave, si el desperfecto nasal o el de sus pies, y decidió dejarlo en empate. Recogió la espada con cuidado de no cortarse —no sería la primera vez— y con cierta preocupación porque se trataba de un recuerdo familiar, una auténtica reliquia que había pasado de generación en generación hasta llegar a sus manos, y ahora a sus pies. Vio que el arma estaba decolorada, con la punta roma, el filo mellado y una ligera curvatura en la hoja; la utilidad para la que un antepasado suyo la construyó era ahora prácticamente nula. Pese a ello Meleso respiró aliviado: la espada no tenía desperfecto alguno que no tuviera el día anterior. Echó un vistazo al camastro donde reposaba durmiente su hijo, quien había emitido un ligero gruñido como única respuesta al estrépito. Se acercó lentamente: ojos cerrados y boca abierta, sinónimos de que ni se había enterado. Comprobado que el yacente cuerpo

del hijo seguiría yacente por un buen rato, Meleso se giró y miró entre sumiso y desafiante a su mujer.

—Bueno, al niño ya le crece la barba, no creo que sea tan grave si se despierta. Además, está amaneciendo y...

No acabó la frase porque se dio cuenta de que estaba hablando solo. En la cama su mujer había vuelto a la posición de descanso y le ofrecía la espalda. Meleso aprovechó para recoger el escudo, que siendo uno pesaba como dos y a punto estuvo de caérsele de nuevo. En ese momento su mujer comenzó a roncar. «Meleso hijo de Meleso, sal de aquí cuanto antes», se dijo. Así que puso manos a la obra: salió de casa casi a oscuras con el escudo y la espada y los dejó fuera; volvió a entrar, cogió la coraza de bronce, que pesaba exactamente como es de imaginar que pese una coraza de bronce, y la sacó también al exterior; y así sucesivamente con el yelmo, las grebas y la pica. Bebió dos cótilos de hidromiel agria, comió un higo pasado y un trozo de pan duro, suspiró profundamente como intentando llevarse consigo todo el aire que respiraban los durmientes, y abandonó finalmente la casa. Y allí fuera, junto a la puerta, para no perturbar el feliz sueño de su feliz mujer y su feliz hijo, alumbrado por la tenue luz del alba del día que nacía, fue colocando con parsimonia y desgana todo el vestuario bélico sobre su cuerpo; apretando cinchas por aquí, colgándose el tahalí por allá, hasta culminar el proceso con la colocación del magnífico casco ovalado sobre la cabeza. Meleso era bajito y le sobraba coraza por todas partes, por lo que tuvo que ajustársela fuertemente para que su cuerpo no bailara dentro de ella. Agarró la pica con fingido vigor, tratando de no moverla mucho para que la punta bronceína no se desprendiera del fuste de madera, y se echó el escudo a la espalda no sin

cierto padecimiento. Por un brevísimo instante cruzó por su mente la idea de volver a entrar y despedirse de su mujer e hijo, decirles que quizá las Parcas no le permitieran volver a verles ya nunca más, y que les quería a ambos tanto como ellos a él... Por suerte el momento de debilidad pasó rápido. Giró los talones en dirección al horizonte y se dijo: «adiós, familia, no me lloréis; a la guerra me voy».

La estirpe de los Melésidas llevaba mucho tiempo viviendo en aquel lugar. La suya era una más de las casuchas que componían un pequeño villorrio en el que unas cuantas familias malvivían mientras cultivaban su parcela de terreno correspondiente. Por no tener, aquel conjunto de paredes de adobe y techumbres de madera no tenía ni nombre, y sin un nombre menos aún podía tener una organización o gobierno propios. Por ello dependían absolutamente de la ciudad más próxima, llamada Zebas, Debas, Tibas o algo parecido, a la que se podía llegar a media mañana si uno salía al amanecer y caminaba a buen paso. Allí se encontraban las lujosas casas donde vivían los ricos. Allí se tomaban las decisiones acerca de todo lo que tuviera que ver con ellos. De allí llegaban las leyes y los impuestos. Y de allí también las levas de soldados, que se llevaban a la guerra a todo aquel que tuviera un arma, una coraza o un casco. Y resultaba que Meleso tenía una panoplia completa, por obra y gracia de su tatarabuelo. Al parecer, Meleso tatarabuelo fue todo un personaje. No había sido un individuo rico pero sí acomodado, y en un arrebato de estupidez había mandado fabricarse a medida una panoplia hecha toda ella, incluyendo la espada y la punta de la lanza, del mejor bronce templado por los mejores artesanos de la región

(según él, el bronce era el único metal que otorgaba nobleza al ser humano; «el hierro, para hacer cacerolas», solía decir). Por lo visto el tatarabuelo pensaba que un hombre sólo alcanzaba una vida plena y gloriosa si iba a la guerra (de ahí la necesidad de la panoplia), y si se moría allí guerreando, mejor. Eso fue lo que le sucedió a él, lógicamente, de modo que lo primero que heredó Meleso bisabuelo de su padre fue la coraza, la espada y el resto del acompañamiento. Este Meleso fue algo menos rico y vivió algo menos acomodado que su progenitor, especialmente cuando se ponía la coraza, dada su corta estatura. Y eso sucedía bastante a menudo, pues desde Zebas, Dhebas o como se llamara, solían llegar heraldos movilizand o tropas para nadie sabía qué guerras. Meleso bisabuelo lo tuvo difícil para sobrevivir: por un lado, las continuas batallas, a las que tenía que acudir obligatoriamente por disponer de una espada y un escudo; y por otro, el trabajo del campo, ya que las rentas de su padre no le daban para casi nada. Cuando murió, su hijo, Meleso abuelo, estuvo tentado de hacer desaparecer aquella panoplia para ahorrarse al menos la mitad de los problemas que había tenido su padre, pero finalmente decidió conservarla bajo tierra como un recuerdo de sus antepasados y la enterró; y a las preguntas indiscretas de los heraldos reclutadores de soldados siempre replicaba que la panoplia la llevaba puesta su difunto padre, quien por deseo expreso había querido traspasar al Hades a la antigua y estaba sepultado en un túmulo mortuario, y que él desde luego no pensaba profanar el cadáver. Meleso abuelo tuvo así una vida larga y apacible. Ya anciano, decidió revelar a su hijo Meleso el lugar donde reposaba el preciado tesoro familiar, para que dispusiera de él como gustara. Meleso padre, contentísimo y

emocionado, lo sacó a la luz, lo lució incluso, y luciéndolo murió. Y su hijo Meleso, el que ahora caminaba renqueante y con retortijones en el estómago a causa de la hidromiel en mal estado, no tuvo más remedio que quedarse con las armas, la coraza y demás accesorios de su padre, quien había caído en batalla haciendo ostentación de ellos a la vista de todo el mundo. Cada vez que se ponía la panoplia Meleso sentía como si todos sus antepasados se encaramaran a su espalda, y se maravillaba de que la historia de su familia pudiera reducirse con tal increíble facilidad a la de aquellos viejos y abollados trozos de metal.

A media mañana, sudando como un condenado gracias a la generosidad del dios Helios y a la panoplia de su tatarabuelo, Meleso llegó por fin al encuentro de sus camaradas de armas en los alrededores de la ciudad de Zebas, Debas o comoquiera que fuera su nombre. Unos estaban sentados en el suelo y otros recostados a la sombra de algún árbol, esperando a recibir las órdenes para partir. Varios de ellos le habían visto venir hacía tiempo.

—Eh, mirad, por ahí llega Meleso. Estamos perdidos.

Quien así habló fue Megacles el sandaliero, conocido por todos como «el Peludo» por el abundante vello corporal que le daba un aspecto osuno ciertamente impactante; un hombre rudo y corpulento pero afable, que no podía evitar sentir aversión hacia aquel personajillo de escasa estatura que tenía la virtud de sacarle de sus casillas demasiado a menudo.

—Por favor —añadió muy serio—, no dejéis que se ponga a mi lado esta vez. Que alguien me cambie el sitio.

—Venga, Peludo, no seas tan quisquilloso —replicó con sorna el hombre que estaba junto a él, que a la sazón se llamaba Filocténidas, mientras sostenía una hebra de cebada entre los labios.

—Vosotros no sabéis cómo es ese tipo. Todo el santo día hablando de cosas rarísimas, como si recitara o invocara a los dioses o yo qué sé. Y con el peligro de que te saque un ojo cuando saca la espada o que se le caiga la punta de la lanza en tu cabeza. Buf, me da repelús, en serio.

—Vamos, seguro que ya habrá arreglado la lanza. No te quejes tanto, Megacles, que parece que le tengas más miedo a ese canijo que a los enemigos que vamos a tener enfrente.

Megacles echó de soslayo a su compañero de fatigas una mirada de vergonzosa confirmación. Entretanto, Meleso había acelerado el paso y se había tropecado con el asta de la lanza, haciendo que la moharra se desprendiera y cayera al suelo después de rebotar en su casco.

—Uf, vaya —se recompuso rápidamente y se aproximó a sus compañeros—. Salud, Megacles y Filocténidas. Parece que las Moiras vuelven a hacer que nuestros hilos se entrecrucen.

—Hola, Meleso —contestó el último—. Más que las Moiras, yo diría que ha sido el caudillo de la ciudad, que tiene ganas de pelearse con los vecinos otra vez.

—Nada sucede sin que los dioses lo quieran —sentenció con naturalidad Meleso. Sus dos oyentes se miraron sin decir nada, y Meleso interpretó ese silencio como una invitación a seguir hablando—. Disponga el hombre más rico, más bello y más bueno de entre todos los mortales hacer esto o aquello, encárguese con esmero de los preparativos, cuídese de sacrificar debidamente a los

dioses, prepare hasta el más mínimo detalle, y bastará que a un dios no le plazca por alguna razón para que la cosa no suceda.

—Em... sí, claro —dijo Megacles—. Mira, Meleso: había pensado que esta vez podrías colocarte al otro lado de la formación, tres o cuatro filas más a la derecha. No te importa, ¿verdad? O podría colocarme yo allí, da igual. Se lo comentaré al jefe de grupo para que...

Se interrumpió al ver la cara de circunstancias que acababa de poner Meleso: casi se había echado a llorar y su nuez había subido y bajado por el cuello unas cuatro veces mientras le escuchaba. Megacles, pese a sus modales un tanto bruscos y su apariencia de bruto insensible, era bastante receptivo a los sentimientos de los demás, cosa que le ocasionaba no pocos quebraderos de cabeza. Todo apuntaba a que este iba a ser uno de ellos.

—Meleso, que no hay para tanto; solo se trata de que te coloques en otro lugar o de que lo haga yo.

Pero Meleso seguía con la mirada extraviada y los ojos acuosos.

—Vamos, no te pongas así —intervino Filocténidas—, Megacles solo te proponía hacer un cambio de posición. Pero si te afecta tanto...

—No es así el corazón que tengo en el pecho, ni se irrita sin causa, que en todo es mejor la medida. Pero no me esperaba tal cosa del que ha estado a mi lado, hombro con hombro, en tantas ocasiones —dijo finalmente con tono de congoja.

Megacles, «el muy glorioso», «el grandemente famoso», como solía llamarle pedantemente Meleso haciendo interpretaciones algo libres de su nombre, cerró los ojos y suspiró profundamente; estaba haciendo un acto de

autoconstricción. Meleso era un comediante de mucho cuidado y seguro que todo aquello era una pantomima. Pero una vez más su blandura de carácter le perdió.

—Vale, olvídalo. Pero intenta que no me caiga encima tu maldita lanza.

Era evidente que Meleso no servía para soldado. Muchos otros tampoco, pero él especialmente: al margen de que era torpe y poco ágil, su corta estatura no era ninguna ayuda. De hecho, si su función en la formación fuera algo más que la de hacer bulto, probablemente prescindirían de él; pero en las batallas lo realmente importante era la dureza de las dos o tres primeras filas de la formación, y él estaba en las últimas, de modo que en realidad su tamaño o su habilidad con las armas no importaban demasiado.

Lo que de verdad le gustaba a Meleso era la poesía. Su abuelo, contrariando a su padre, se había preocupado de que alguien enseñara al niño Meleso a leer y escribir, actividades estas que iban acordes con la propia personalidad del muchacho pues ambas eran tan raras como inútiles. Todo el mundo sabía que esos signos extraños que se garabateaban en piedras, cueros o papiros, los habían traído los fenicios, ese atajo de piratas comerciantes y ladrones que vivían allende los mares, y por tanto seguro que no eran cosa buena; pero Meleso abuelo consideraba que la *alpha*, la *beta* y todos los demás garabatos, dentro de su inutilidad, al menos servían para tener entretenido al niño. Así, desde pequeño Meleso le había tomado gusto a esos garabatos y a recitar, y se pasaba el tiempo tratando de escribir y memorizar los poemas que escuchaba en boca de los tejedores de canciones que de vez en cuando pasaban por la comarca. Le habría gustado dedicarse al mundo del espectáculo y

recorrer el mundo con su voz y una fórminge; pero al heredar a edad temprana la casa, la parcelita de tierra y la panoplia de su padre, no le quedó más remedio que ejercer de jefe de la familia (que concretamente se componía de su abuelo y él mismo) y convertirse en campesino. Tiempos vendrían más propicios para la música, se decía a veces para animarse. Sin embargo Meleso ya no era tan joven, aunque tampoco era viejo: estaba en su *acmé*, que era esa época en la vida en que aún deseaba hacer lo que venía deseando hacía veinte o treinta años pero siendo consciente de que le quedaban veinte o treinta años menos para llevarlo a cabo. Veinte años atrás se había casado con Hypodendra. Fue un matrimonio de conveniencia, aunque él solía pensar que la conveniencia había sido para todos menos para él porque sus aspiraciones fueron siempre más nómadas y artísticas que sedentarias y maritales. Con Hypodendra había tenido un hijo, llamado Meleso en honor a su abuelo, de quien lo mejor que se podía decir, según su madre, era que no se parecía a su padre más que en el nombre. Tanto era así que el vástago encarnaba para Meleso la esperanza de pasarle algún día el cetro de jefe de la casa y poder así realizar su sueño artístico. Eso no sucedería hasta que el muchacho no dejara de ser muchacho, y Meleso había empezado a ver con regocijo en el bozo y en los pelillos de la barba de la criatura, la inminencia de ese momento.

Por el soleado paisaje de la florida campiña el ejército de Zebas, Dhebas o como fuera, evolucionaba con relativo orden y concierto. Pese a que en breve iban a enfrentarse a otro ejército y era probable que algunos perdieran la vida, o

quizá por eso mismo, el tono dicharachero y el buen humor presidían el avance de los soldados. Parecía, más que los prolegómenos a un enfrentamiento militar, un paseo campestre de un grupo de amigos. Tan sólo los que formaban delante llevaban una cierta preocupación pintada en sus rostros, sabedores de que ellos se llevarían la peor parte. El resto, en cambio, disfrutaba del paisaje y de la charla. Megacles “el Peludo” conversaba con Filocténidas y celebraba aquella movilización militar porque esas acciones normalmente incluían largas caminatas, desgaste de suelas, pérdidas de calzados incluso, factores todos ellos que jugaban a favor de su negocio de sandalias; Meleso disertaba a solas acerca de los inconvenientes de la hidromiel mal fermentada, tales como sonidos guturales originados en la barriga o molestas flatulencias no deseadas por ninguna nariz; y en general todos los hombres marchaban joviales y alegres en aquella excursión, que les libraba por unos días —y quizá para siempre, pero a qué preocuparse por tan largo plazo— de los duros y monótonos quehaceres diarios.

Hacia el final de la tarde ya estaban todos metidos en faena. No hacía mucho que habían llegado a la pequeña llanura en que ahora estaban, y allí habían encontrado a otro grupo de hombres que, al igual que ellos, iban ataviados de soldados. Eran habitantes de la ciudad de Thespes, Desbias, Tispias o algo así, y al parecer no hacía mucho que les estaban esperando. Los recién llegados se habían detenido manteniendo con el otro grupo una prudencial pero escasa distancia de unos cien pies, suficiente para que pudieran saludarse a voces. «Hola, Polidoro, cómo te va», «me alegro de verte, Epeónides», «qué tal tu mujer, sigue tan gorda como siempre», «cuando

pueda me acerco a tu casa a por el arado que te dejé el otro verano», «arreglaste tu lanza, Meleso», y cosas así. Los generales de ambos grupos se habían acercado para hablar, intercambiar algún regalo y estrechar manos como viejos conocidos que eran. Después se habían separado y habían empezado a dar órdenes a sus respectivas formaciones, órdenes que sólo eran escuchadas por las dos o tres primeras filas; a partir de la cuarta los oídos sólo captaban la voz del general en forma de nebulosa sonora. «¡... Abráis hacia la derecha... empujen con fuerza... el centro no debe... morir con honor o vivir sin... que Zeus nos... !», más o menos. Y en realidad tampoco importaba que no lo oyeran, porque eran los tópicos de siempre y porque los de delante eran los que de verdad se la jugaban mientras que el resto simplemente estaba allí porque había que estar. El paso siguiente a las arengas y las estrategias había sido, obviamente, el definitivo entrechocar de escudos contra escudos, el enzarzarse en el fragor de la batalla, el tejer los hilos del destino con el cruce de las lanzas, el fundirse en el calor de la contienda, en la vorágine bermellona de la sangre salpicada, en el clamor de gargantas que entonaban el peán... En todo eso andaba ahora metido Megacles precisamente, en entonar el peán y en resistir, pie en tierra, el empuje de los que tenía delante, que retrocedían empujados a su vez por las furiosas turbas de Tispis, Thesbias o comoquiera que se llamara aquella ciudad. Junto a él sostenía Meleso como buenamente podía con una mano su escudo y con la otra un palo de madera que instantes antes había tenido una punta de bronce en el extremo. Encogía el cuello y levantaba los hombros tratando de ocultar su cabeza dentro de la coraza, que le iba holgada

como un saco, mientras sus rodillas castañeteaban entre sí al compás de sus dientes.

—¡Por todos los dioses, Meleso, pareces una tortuga en celo! —gritó Megacles—. ¡Y no te me pegues tanto, me estás clavando el codo en los riñones! ¡No te muevas de tu posición!

—Es que... me empujan —sabía que era una excusa barata porque empujar les estaban empujando a todos, pero fue la única que se le ocurrió. Además, encontraba más seguro guarecerse bajo el escudo que sostenía el fornido Megacles que bajo el suyo propio, el cual apenas podía mantener derecho.

—¿Y de dónde sale esa peste? —bramó Megacles al tomar aire y tragar una bocanada de un extraño efluvio nauseabundo— ¡Ni el Hades olería tan mal!

—Son los efectos de la hidromiel —se excusó Meleso—, estaba un poco pasada y...

—¡Oh, maldito hijo de tu madre!

Prisioneros. Era previsible, era incluso habitual, formaba parte de la guerra, como la sangre, como el compañerismo, como la muerte. Hacinados en una zanja cuadrangular de unos quince codos de lado y unos ocho de profundidad, cautivos de los thispianos, dhesbianos o cualquiera que fuera su gentilicio, permanecían un buen puñado de zebanos, thepanos o como quisiera Zeus que se llamaran. Meleso agradeció contarse entre ellos, sobre todo por estar vivo, pero también porque al fin se había librado de su armadura familiar, esa panoplia que le agobiaba física y mentalmente. De haber sido su ciudad la vencedora habría tenido que seguir acarreando con aquella chatarra, lo cual

no le hubiera hecho ni pizca de gracia. Así que sus victoriosos vecinos, los que ahora mismo le mantenían prisionero, en realidad le habían liberado; en aquel momento los héroes de Meleso eran sus carceleros.

Uno de esos celadores se acercó a la zanja, lanza en ristre, mientras bebía algo de un pequeño *kylix* que sostenía en la mano. Su nombre era Glauco. Él mismo había tenido que participar en el proceso de cavado del hoyo antes de la batalla ante la perspectiva de que la victoria les sonriera, como así había sido. Su ciudad era pequeña, tanto que no disponía más que de una cárcel individual, por lo que sus aristocráticos dirigentes habían ordenado hacer aquel agujero en el terreno para meter dentro a los prisioneros que se hicieran. «Pero el agujero podrían cavarlo los propios prisioneros tras la batalla», había osado proponer Glauco. «Ya, pero no sabemos si tras la batalla habrá prisioneros que puedan cavar la zanja», habían respondido los aristócratas. Así que, sin más preguntas, Glauco había tenido que echar mano de su azadón; aunque mientras estuvo cavando la zanja, y pese a no ser muy listo, no había dejado de pensar que había algo en aquella respuesta que no cuadraba mucho.

—Eh, Glauco, danos un poco de ese agua, estamos secos —se oyó gritar desde dentro del agujero. Glauco reconoció enseguida al hombre y le saludó con la mano.

—Qué tal, Pandárides. No es agua, es vino, me lo trajo un pariente que tengo en la isla de Quíos. No hay para todos, lo siento.

—Eres un tacaño —replicó un tal Teucrides—. Oye, ¿cuánto tiempo nos tendréis aquí prisioneros?

—Pues no sabría decirte, depende de los que mandan en mi ciudad y los que mandan en la tuya. Pero lo que sí sé es

que no sois nuestros prisioneros sino nuestros rehenes; no es lo mismo.

—¿Rehenes? ¿Vais a pedir rescate por nosotros?

—Eso he oído —replicó Glauco.

—Venga, nosotros nunca os hemos hecho eso —exclamó una nueva voz. Y otra garganta más añadió: —Pero qué rescate, si no tenemos más de lo que podáis tener vosotros —lo cual fue apostillado por otra pregunta de Pandárides: —¿Qué vais a pedir?

—Lo decidirán los que mandan, ya os digo. Yo, la verdad, no pediría por vosotros más de un par de cabras por cabeza, pero no depende de mí.

—¿Un par de cabras? Tú sí que eres un cab... —el improperio fue ahogado por una multitud de gritos e insultos que intimidaron a Glauco y le hicieron desaparecer de la vista de los hasta entonces prisioneros, ahora ya rehenes.

Durante el intercambio dialéctico con el celador Glauco, Meleso había reconocido la voz de Megacles; le alegró saber que estaba vivo y trató de localizarle pero había allí tal apolonamiento de gente que tras un largo rato dando vueltas por el agujero, finalmente desistió. Se resignó a esperar nuevos acontecimientos, como suponía que harían todos los demás, y se esforzó por ganar un hueco en el suelo para sentarse. No iba vestido más que con un viejo quitón, que solía ponerse bajo la coraza para evitar, inútilmente, las rozaduras, pero había tal calor humano en aquel socavón que Meleso empezó a sentirse algo mareado. Y allí, sentado en un palmo de terreno, sus ojos fueron cerrándose abrumados por el peso del calor, del olor y de la incertidumbre. Lástima no tener a mano un papiro o un trozo de piel adobada, y también un cálamo y un poco de

tinta, para inmortalizar aquel épico momento, pensó antes de sumirse en la negrura del sueño. Al instante, o eso le pareció, despertó y abrió los ojos: ya era noche cerrada y estaba solo, y la oscuridad onírica se había transformado en la oscuridad de la zanja, una oscuridad casi completa. Se levantó, palpó el aire a ciegas, buscó con las manos, caminó lentamente, se trastabilló y cayó, se volvió a levantar, siguió caminando... Nada, no había nada allí. Estaba en el Hades, no cabía duda. Pronto vería el farolillo de la barca de Caronte que vendría a buscarle, pronto saludaría de nuevo a todos sus antepasados difuntos, a todos los Melesos que antes que él habían honrado al mundo con su presencia. Y tendría que explicarles qué había pasado con la armadura. Eso iba a ser un problema, ciertamente; ya imaginaba a su tatarabuelo, un gigante de siete pies de altura —según contaba su padre, quien tampoco lo conoció pero que tenía referencias de su abuelo—, lamentándose amargamente por la pérdida de tan apreciado tesoro y ansiando estrechar el cuello de su tataranieto con sus férreas manos. Aunque, estando ambos muertos en el Hades, poco iba a importar eso. Quizá prefiriera castigarle con algún suplicio terrible, como el del gigante Ticio y los dos buitres que le roían el hígado, o algo más cruel incluso, como obligarle a tocar eternamente una fórminge sin cuerdas y tener que reproducir los acordes con la boca. Ya le parecía estar viendo la cara monstruosa de su tatarabuelo distinguiéndose entre la penumbra; una cara airada, de enfado; una cara de padecimiento, de sufrimiento, quejumbrosa, sudorosa. Una cara barbuda que, allá en la altura, cuan alto era su tatarabuelo, habló estas palabras:

—Ummmpf... un poco más... sólo un poco más... mmmm... sí, ya, ya estoy.

Meleso quedó petrificado ante la visión y la audición. Pero no había entendido bien lo que había dicho su tatarabuelo; quién sabía si los muertos se expresaban de manera diferente a los vivos.

—Venga —añadió—, ahora tú... la mano... uf, no puedo... ummmmpf... lo siento pero no llego ... eres el último, nadie puede ayudarte.

«Soy el último», se dijo aterrizado Meleso, «nadie puede ayudarme». La voz de su antepasado sonaba como un susurro, era una voz que reflejaba esfuerzo, ahogo, penuria. Su tatarabuelo sería un gigante iracundo pero era evidente que sentía lástima por el pobre Meleso. La congoja le atenazó pero sacó fuerzas de donde no las había y se decidió a hablar con él.

—Oh antepasado mío, divinal Meleso, padre de Meleso, abuelo de Meleso, bisabuelo de Meleso y tatarabuelo del Meleso que soy yo mismo, ¿por qué te atormentas y me atormentas a mí? No sufras por la pérdida de tu panoplia, pues me la arrebató el fiero enemigo tras la dura batalla, ni tampoco sufras por mí, pues arrostraré lo que tú o las Keres me tengáis reservado.

No obtuvo respuesta. El silencio se hizo compañero de la oscuridad por unos instantes y Meleso se quedó inmóvil, pensando si quizá habría ofendido al espíritu de su difunto ascendiente. Finalmente el Meleso tatarabuelo habló de nuevo al Meleso tataranieta pero esta vez, curiosamente, lo hizo con una voz distinta.

—Ejem... Ven, acércate, no tengas miedo. Creo que me podrás servir.

—Cambiante es el tono de tu voz, oh abuelo de mi abuelo —se sorprendió Meleso—. Portentosos son los dones de los muertos.

—Ven, hombre, que necesito que me ayudes. Ejem, quiero decir que deberás soportar el peso de tu castigo, para pagar por eso que dices que has perdido.

Meleso titubeó; una cosa era hablar con su tatarabuelo muerto, de quien en realidad sólo había llegado a intuir su rostro allá en lo alto y a oír su versátil voz, y otra cosa era aproximarse a ese espíritu irritado, adentrarse en esa negrura nocturna que lo envolvía, para recibir quién sabía qué horrible castigo. «Sé un hombre, muestra que tienes un corazón esforzado y avergüénzate de parecer cobarde», se animó sin mucha convicción. Y finalmente se fue para allá.

—Aquí me tienes, prócer, dispuesto a... —se interrumpió al notar unas frías manos sobre sus hombros que lo obligaban a agacharse. Muerto de miedo, Meleso se vio forzado a poner las rodillas en tierra. Enseguida notó un considerable peso sobre su hombro izquierdo, luego sobre el derecho, y las manos de su abuelo aferrándose a su cabeza. «Claro, así se mata a los muertos: decapitándolos. Me va a arrancar la cabeza», pensó aterrorizado. De repente las manos le soltaron pero siguió padeciendo aquel enorme peso en los hombros. Le pareció oír de nuevo la voz primera de su tatarabuelo que decía «ahora... ya te tengo... deja ahí a ese panoli y larguémonos de una vez», y súbitamente la pesada carga desapareció. El pánico tenía paralizado a Meleso, que permaneció allí quieto, arrodillado y con los ojos cerrados, envuelto por la negrura infinita del Inframundo y la soledad de las almas perdidas, hasta que la oscuridad y el silencio del Hades se fueron disipando con la luz del sol y el canto de los madrugadores pajarillos campestres que empezaron a posarse sobre su cabeza en busca de algún piojo.

—¡Han escapado! ¡No están! ¡Venid todos, que nos hemos quedado sin rehenes!

Fue Glauco el que dio la voz de alarma al echar un vistazo a la zanja y descubrir que no había ni un alma en ella. Rápidamente acudieron más soldados, que iban alternando entre mirar con perplejidad al agujero e increpar al pobre Glauco, quien se había dormido durante su guardia nocturna.

—No lo entiendo, si sólo eché una cabezadita —se lamentaba—. Y con lo hondo que es ese agujero, ¿cómo han podido...?

—Pues encaramándose uno encima de otro, so imbécil —le replicaron. Y Glauco quedó pensativo por un momento.

—¿Entonces cómo salió el último?

De pronto el aire se llenó de carcajadas. Todos los que estaban asomados al hoyo habían empezado a reír sonoramente señalando a Meleso, que permanecía como un espantapájaros de rodillas junto a una de las paredes de la zanja y sumido en el más profundo de los sueños. Glauco, pese a su cortedad de ideas, fue capaz de responder él mismo a su pregunta:

—Vaya, o sea que el último no salió.

Las deliberaciones fueron arduas y se prolongaron durante toda la mañana. De nada serviría ya mantener a Meleso en el agujero: si sus propios compañeros le habían abandonado era absurdo pedir un rescate por él porque no les iban a dar ni una gallina clueca. ¿Qué hacer con él entonces? ¿Matarle, proporcionarle manutención, liberarle, utilizarle como espía? Mientras los pensantes pensaban, los demás se entretenían inventándole apodos: le llamaban «el botín», pues era parte

de la ganancia que habían obtenido en aquella batalla; o «el rehén», ya que efectivamente era el único que les quedaba; o «el ciego», porque ciego tenía que estar para no haber advertido la huida de sus compañeros. A menos, claro está, que sí la hubiera advertido. En ese caso Meleso era un héroe que se había sacrificado por ellos quedándose el último. Sí, ahí estaba la clave. Alguien tenía que hacerlo, aun a sabiendas de que probablemente recibiría muerte cruel cuando se descubriera la huida. Le preguntaron al propio implicado por lo sucedido, a sabiendas de que les mentiría, pero todo lo que dijo fue que había hecho un viaje al Hades y había sobrevivido. ¿Qué clase de persona arrostraría semejante destino? ¿Quién sacrificaría su vida por salvar la de sus compañeros? ¿Quién preferiría recibir una pronta muerte a cambio de fama imperecedera entre los suyos, en lugar de una vida larga pero sin gloria? Sólo alguien con madera de héroe, alguien ávido de honor y celebridad, alguien sin miedo a la muerte. No cabía duda, Meleso era algo fuera de lo común. Y si ellos le mataban contribuirían al cumplimiento de su glorioso destino, a que su nombre fuese recordado durante generaciones, a que el hombre mortal se convirtiera en héroe inmortal. No, no era nada conveniente que sus enemigos tuvieran un mártir. ¿Entonces le mantendrían como rehén para siempre? Eso era como matarlo pero más costoso porque habría que alimentarlo. Sin duda la solución era soltarlo, dejarlo libre y que volviera con los suyos; sólo así su heroísmo se desvanecería, sus ansias de ser recordado se verían frustradas. Sólo así volvería a ser un personaje sin gloria y sin fama, un hombre normal y corriente, o menos incluso: un hombre humillado al haber fracasado en el intento de ser un héroe. Sólo así Meleso seguiría siendo el pobre Meleso.

Como un cabritillo que hubiese escapado de las fauces del fiero león y ansiase ponerse a salvo corriendo por el monte para volver al redil y reunirse con sus congéneres, así corría Meleso campo a través sin mirar atrás, aunque sin saber muy bien dónde encontrar ese redil. «Vamos, lárgate de aquí; la próxima vez no tendrás tanta suerte» le habían dicho después de sacarle de la zanja. Pero Meleso no era nada hábil orientándose y era capaz de comenzar a dar vueltas en círculo e ir a parar de nuevo al agujero, así que todo lo que hizo fue correr en línea recta confiando en que los dioses no le darían de lado. Si la noche anterior le habían llevado al Reino de los muertos y luego le habían devuelto al de los vivos, no tenía sentido que ahora le abandonaran a su suerte. Probablemente le conducirían hasta sus compañeros, quienes de algún modo habían logrado escapar de aquel hoyo mientras él era raptado por la divinidad. Si al menos Zeus le mandara un rayo o un trueno como señal de que iba bien encaminado; pero el sol lucía inexorable y en el cielo no se veía ni una nube. Entonces tal vez algo más sencillo, como que le vinieran ganas de estornudar; pero por más que se esforzaba no notaba en la nariz ningún cosquilleo. En ese caso estaría bien si apareciera un pájaro volando por su derecha; no hacía falta que fuera un águila, un simple estornino o un gorrioncillo bastarían. Alzó la vista sin dejar de correr con la esperanza de ver algún ave en pleno vuelo. Y de repente allí estaba: majestuosa, imponente, surcando el espacio con sus alas, una hermosa paloma apareció por su diestra. Zeus le enviaba un buen augurio. Meleso se estremeció de contento y corrió con más entusiasmo, alzando de cuando en cuando la vista para cerciorarse de que la paloma continuaba a su derecha aleteando vivamente. Y allí seguía, sí, hasta que

una veloz saeta apareció y la atravesó. El ave cayó sin remedio y la sonrisa de Meleso también. Su alegría se desmoronó al instante. Se detuvo y se acercó con cautela al lugar de la caída, de donde le llegaron unas voces.

—Qué puntería, Teucrides. Ya tenemos cena.

—Más quisieras. Con ese palomo no hay ni para ensuciarnos los dientes, pero algo es algo.

Allí, en un claro, había un grupo de hombres ciudadanos de Debas, Thibas o como se llamara la ciudad. Eran sus compañeros de cautiverio. Pero Meleso no se mostró muy alegre al verles.

—¡Pero qué habéis hecho, desdichados, era una señal de Zeus!

Tampoco ellos se alegraron especialmente de reencontrarle.

—Vaya, Meleso, hola. ¿De dónde sales? Te dábamos por muerto. ¿Qué dices de una señal? —respondió el que había abatido el ave; llevaba un arco en las manos, robado sin duda a sus captores durante la huida.

—¡Digo que esa paloma era un augurio de Zeus, iba volando por mi derecha! —Meleso no bajó el volumen de su voz.

—Ah, pues yo lo vi a mi izquierda —respondió tranquilamente el arquero—. Y no era paloma sino palomo. Además qué importa, tenemos hambre y aún queda un largo camino hasta la ciudad.

—¡Oh alma desdichada, despojo de carne, qué palabras proferiste! Que la furia que Zeus descargue sobre vosotros sea benévola pues al haber muerto a la paloma ignorantes erais, que no malvados. Mas si ese ave devoráis, entonces no os salvará ni... —mientras Meleso seguía sermoneándoles los hombres se miraron sorprendidos y